



LA SEMANA SANTA DE SEVILLA,

Nazarenos de la Cofradía de los Estudiantes

La Semana Santa de Sevilla representa, acaso con más relieve que ninguna otra de las españolas, lo que podría llamarse un estilo de la piedad hispánica, que cristalizó, sobre todo, en el culto a tres dogmas de la fe, para cada uno de los cuales creó una manifestación pública original. En primer término, el de la Eucaristía, con la fiesta del «Corpus», que, a través de la modalidad hispánica, acrecienta su relieve litúrgico con la grandeza procesional de las Custodias de oro y de plata, verdaderos castillos de orfebrería, con la innovación dramática de un género teatral único, en las letras universales —el «Auto Sacramental»— o con el baile de nuestros niños seises, los pajes danzarios del Santísimo. En segundo término, el dogma de la Inmaculada Concepción, profesado y proclamado por España y singularmente por Sevilla, siglos antes de su definición canónica, y estampado en los «Sin pecados» de nuestras cofradías. En fin, el dogma de la Redención, para cuya exhibición litúrgica y popular creó España, y especialmente Sevilla, sus procesiones de Semana Santa, respondiendo al dinamismo dramático que necesitaba la fe en los siglos imperiales. A la agitación del mundo externo debía corresponder una profunda tempestad del espíritu, y para ello no bastaban los templos. Era preciso ensancharlos en las calles y plazas. Se necesitaba, diría, que Dios muriera a plena luz, entre gemidos y gritos de muchedumbres. De esa fe que mueve las montañas y es capaz de trasfocar el universo, de esa piedad emotiva y fuerte, nació nuestra Semana Santa, es como demostración pública de que se creía y adoraba hasta en los últimos rincones de la ciudad el supremo misterio del destino humano.

La fe, hondamente sentida en el interior del individuo, se concretó en la Hermandad, en la reunión piadosa de un grupo social que se proponía honrar con su devoción a una imagen o a un misterio de la Pasión de Cristo. En la cofradía de «luz» y de «sangre». Porque el cofrade quería dar pruebas públicas de que oraba y meditaba en la Pasión del Salvador, y hacía penitencia. Salía, así, a la calle en traje de oración y de arrepentimiento, con su luz y su disciplina. Como sale ahora esencialmente, después del cambio de los siglos. Porque la Semana Santa hispalense es obra de siglos, y está arraigada en el corazón de la Historia, hasta tal punto que forma parte de nuestro indeclinable patrimonio espiritual. Es como el perfil fundamental del ser histórico, de la sustancia

OBRA DE LA FE Y DEL AMOR ALIADOS CON LA BELLEZA

de Sevilla, y sin esta fiesta, donde estalla el alma de la ciudad, no se concibe la ciudad misma. De aquí nace el primer valor fundamental, el que encuadra ya todos los demás y les da inimitable carácter: la tradición.

La cofradía en la calle representa, conviene insistir, una predicación pública. Es como una misión popular que propone a los espectadores, no sólo el ejemplo de la oración y de la penitencia, sino la contemplación directa de los misterios de la Redención. La cofradía enlaza a los hermanos de todas las clases sociales con fuertes vínculos de cristiana fraternidad. Aparte de la fiesta de Semana Santa, la Hermandad vive todo el año, alimentando, con abnegación y desinterés ininterrumpido, el caudal fervoroso y litúrgico de nuestra Semana Mayor. A través de sus múltiples actos religiosos, de sus novenas, de sus septenarios, de sus quinaros..., con sus comuniones y sus típicas *profestaciones* de fe, procura la perfección espiritual de sus miembros, los ejercita en obras de misericordia y coadyuva a su vida cristiana individual, familiar y social. Sevilla, en este aspecto, es almáciga, cátedra y ofertorio perpetuo de fe, como ejemplo diáfano de las hondas y claras riquezas de sus sentimientos cristianos...

Para plasmar el concepto procesional de la Semana Santa, para representar en plena calle el Drama de la Pasión, hacía falta una creación artística. El alma de esa creación fué la inspiración católica tridentina y postridentina. La forma, el barroquismo. El arte así nacido, la imaginería. Ciertamente que la primera escuela tuvo su sede en Castilla, pero lo clásico no había sido aún plenamente vencido. Era necesario que a ese arte nuevo infundiera Sevilla toda su obsesionante pasión dramática para que se consagrara como producción decididamente barroca. España había impreso al Renacimiento un sello cristiano. De las paganas italianas se había pasado al humanismo católico, en un movimiento general de las letras y las artes, pues también el barroquismo escultórico tuvo su tradición española, y ella fué la imaginería religiosa procesional.

Para este arte se requería un elemento nuevo también. Atrás se quedaron la piedra, el mármol



La Virgen de los Angeles, al anochecer del Jueves Santo



Santísimo Cristo de la Expiación (Cachorro)

y el bronce, materiales fríos, tomados del mundo inorgánico, propicios para la gracia geométrica y para la representación de abstracto. El arte nuevo quería ser concreto y humano. Necesitaba tomar la materia del mundo orgánico. Exigía que esta materia fuera idónea por su blandura para modelar la carne, y cálida y suave para que en ella se plasmaran todas las pasiones del espíritu. Y así advino al reino de la estatuaria la madera. Se cortaron los olorosos sáandalos y los simbólicos cedros para convertirlos en Cristos y Dolorosas. La gubia hendió los troncos leñosos, como si advirtiera que sus fibras eran semejantes a las de la carne, y pudo en ellos grabar los rasgos patéticos del dolor humano. La madera tallada recibió después, como bautismo realista, el encarnado. Y el prodigio técnico llegó a ser tan maravilloso, que aun en nuestros días está oculto el secreto de esa carne de dolor en que cupieron todas las gamas: lo mórbido, lo cárdeno, lo flácido; la carne trabajada de martirio y amaratada, la carne desangrada y expirante, la carne floja de muerte... Todavía el realismo impuso una mayor exigencia. Se rebelaba contra las siluetas inmóviles, por airosos que fueran los pliegues de los ropajes estofados de las imágenes. Se requería que el vestido fuera real, que el aire lo moviera, que la luz arrancara reflejos a sus bordados de oro; que en el misterio de la noche, al fulgor pálido de los cirios, las vestes compusieran coloridos fuertes. Y así, junto a la imaginaria, nació otro arte: el del vestido, de gran riqueza, de magnificencia dslumbradora..., porque el pueblo quería ver a las imágenes con ropajes bordados de seda y oro.

Y Sevilla prestó al arte del bordado toda su creadora fantasía.

La estatuaria procesional hispalense, inspirada en un propósito de exhibición, más que naturalista puede afirmarse vital y abarca una variadísima gama de contornos y actitudes. Desde la estatua sola, como en monólogo, como en unidad patética, concentrando en su manifestación psicológica toda la intensidad emotiva, hasta el grupo, con su relación teatral y su esfuerzo de composición. Nació así el *paso* llamado de *misterio*, con sus figuras diversas, en combinación de posturas y ademanes, por lo que puede señalarse que la plástica imaginera invadió el campo de la técnica pictórica y tuvo que pensar en nuevos horizontes, en nuevas razones de perspectiva, en consonancia con el escenario poético de una ciudad donde sus calles y sus plazas parecían hechas para la gozosa contemplación del drama, para la visión real y familiar de la vida...

Creado el arte y concebida la hermandad en su aspecto interno, era preciso trazar la técnica de la procesión. Sacar a la calle la cofradía. Esta técnica, que ha sido elaborada en el seno de las Hermandades, es, en realidad, una de las más interesantes creaciones del pueblo sevillano. Vamos a ver desfilar la que pudiéramos llamar una cofradía tipo, porque hay rasgos comunes a todas, hay como un código estético general, por el que se rige su organización y protocolo.

Lo primero es la santa enseña de la Redención: la Cruz, supremo emblema de la Pasión y de la vida cristiana, que alumbran luces en alto o faroles de plata. La gran cruz latina es, en la serenidad del atardecer o en la penumbra de la noche, el mejor heraldo y silencioso pregonero de la cofradía. Puntean luego el aire de ráfagas luminosas los cirios enhiestos en doble hilera, portados por los primeros penitentes. Son los nazarenos de Sevilla. Nazarenos, porque escoltan al Nazareno, por antonomasia, o porque en su afán de penitencia recuerdan a los nazarenos de la ley hebrea. Calzan sandalias abiertas, cuando la promesa no impone la desnudez del pie. Las túnicas, de colores simbólicos —el negro fúnebre de la muerte, el morado penitencial y litúrgico, el blanco de desdén y desprecio, el rojo de sangre, el verde de esperanza y amor—, son a modo de sayal ceñido con cinturón de esparto y que remata en larga cola recogida o en airosa capa ondulada. La cabeza va cubierta del capirote —o coraza—, revestida del antifaz; que completa la silueta fantasmagórica del penitente. El nazareno sevillano es uno de los más auténticos representantes de la tradición penitencial pública de la Iglesia. A través de tantas caras, singularmente en la expresión de los ojos, se adivina el fervor, la devoción, la promesa que se cumple, el amor que se quiere, la desgracia que se sufre. Parecen un ejército mágico. Casi no se mueven. Corta, de pronto, la hilera el *Senado*, insignia de remembranza clásica, con cuatro letras simbólicas: S. P. Q. R., que sintetizaban el poder político de Roma. *El Senado y el pueblo romano*. Como si quisiera siempre recordarse que fué bajo el dominio del procurador de Roma, representante del César Tiberio en Palestina, cuando ocurrió la pasión y muerte de Jesús. A ambos lados de la insignia van las varas de plata, rematadas con el escudo de la Hermandad, que son como bastones de mando y de honor para los cofrades que las portan.

Otra vez la doble hilera de cirios. Luego la bandera, remedo de la Santa Señal catedralicia, que se tremola a todo viento y ondea mostrando en su paño una gran cruz estampada. A los lados, nuevas varas. Siguen, después, unos cirios en alto...

Ya viene el *paso* entre nubes de incienso, precedido de los elevados ciriales litúrgicos, de una presidencia de cofrades y de las bocinas, recuerdo de las viejas tubas pregoneras. El *paso*. Nombre curioso, de genuina invención sevillana. Es *paso* porque camina, porque *pasa* delante de nosotros. O porque tal vez en una más poética etimología representa una escena de padecimiento y dolor (*passus*). El primer *paso* es el del Cristo. Luego, vendrá el de la Virgen. Porque la piedad cofradiera hispalense es dual. En el drama de la Pasión también es Ella protagonista. A cada lance, a cada padecimiento de Cristo, sucede un dolor, un matiz de llanto y de amargura de la Virgen. Y en la devoción sevillana, aun dentro de cada Hermandad, hay siempre una elección, una preferencia. Unas veces, Cristo. Otras, su Madre...

